

CHETUMAL, ITINERARIO DE UNA CIUDAD MUTANTE

(Segunda parte)

Por la misma línea de Luis Miguel Aguilar, pero ahora sí como prosa narrativa, se encauza la imagen de un pueblo amodorrado por el calor en *Letargo de Bahía*, de Alberto Castillo.

LETARGO DE BAHÍA (LA BOMBA EN EL ROPERO)

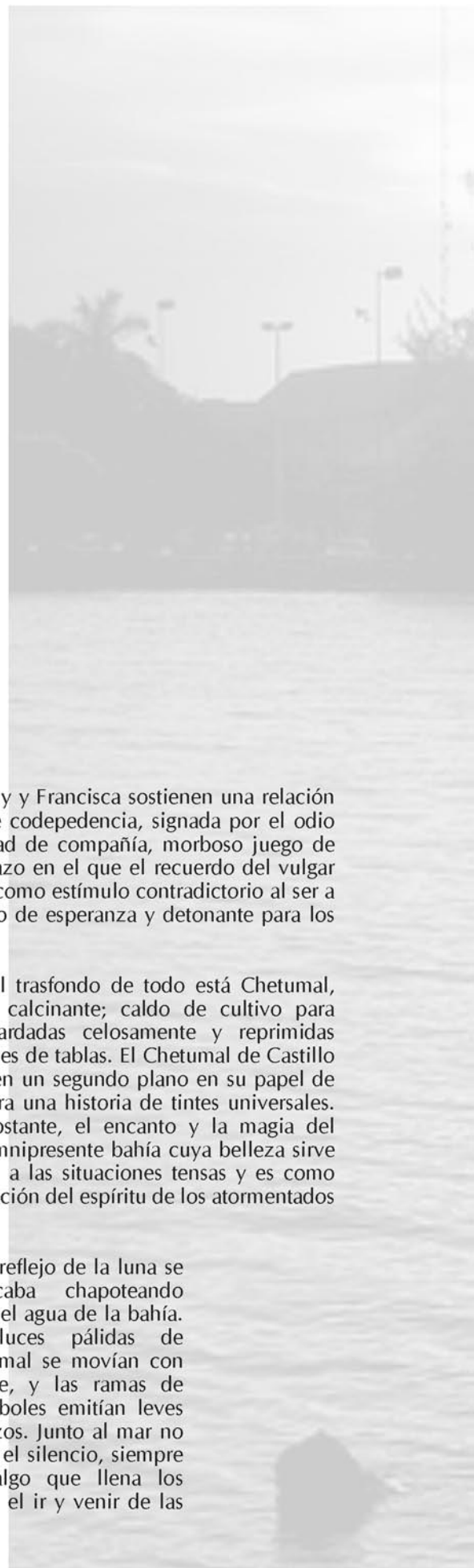
El punto de arranque de la novela se encuentra en un poema de *Chetumal Bay Anthology*, pero Castillo no reproduce exactamente la anécdota del texto poético sino que la recrea libremente, aprovechando de paso nombres y personajes del libro de Aguilar y conservando la atmósfera concentrada de sopor expectante, violencia reprimida y soledad que enmarca las historias poetizadas por aquél.

Dos personajes, Francisca y Pechy, su hermano homosexual, tejen y destejen, como extrañas Penélopes tropicales, la telaraña de sus días monótonos y vacíos, cuya única expectativa es el regreso de Aspiri, el hombre que huyó de Francisca sin cumplir su promesa matrimonial y despertó en Pechy, niño aún, la confusa y culpable pasión sin esperanzas que lo mantiene atado a su hermana mayor.

Pechy y Francisca sostienen una relación enfermiza de codependencia, signada por el odio y la necesidad de compañía, morboso juego de amor y rechazo en el que el recuerdo del vulgar Aspiri actúa como estímulo contradictorio al ser a la vez motivo de esperanza y detonante para los enconos.

En el trasfondo de todo está Chetumal, soporífera y calcinante; caldo de cultivo para pasiones guardadas celosamente y reprimidas tras las paredes de tablas. El Chetumal de Castillo queda aquí en un segundo plano en su papel de escenario para una historia de tintes universales. Están, no obstante, el encanto y la magia del paisaje, la omnipresente bahía cuya belleza sirve de atenuante a las situaciones tensas y es como una prolongación del espíritu de los atormentados hermanos.

(...)El reflejo de la luna se refrescaba chapoteando sobre el agua de la bahía. Las luces pálidas de Chetumal se movían con el aire, y las ramas de los árboles emitían leves bostezos. Junto al mar no existe el silencio, siempre hay algo que llena los oídos: el ir y venir de las



olas, el viento pasando por las tablas del muelle, los grillos. Pechy escuchaba las palabras de la noche con los ojos cerrados mientras Francisca le estrechaba la mano (...)

La intensidad del conflicto que se vive en la pequeña casa de madera es regulada por las arremetidas del calor y los alivios pasajeros que trae la brisa. A medida en que transcurren las horas del día, Chetumal se convierte en la ciudad horno, el ritmo de la vida sigue el paso a la temperatura y, de pronto, todo adquiere una cualidad onírica:

(...)El sol estaba por llegar a la parte más alta del cielo y las calles se iban adormeciendo. La gente también. Podía verse cómo casi a un mismo tiempo las ventanas de las casas se cerraban para evitar el calor del mediodía. Comenzaban los rechinos y el paisaje hogareño inundado de redes multicolores. El vaivén de las hamacas provocaba un concierto de ganchos metálicos atorados en las paredes. Leves aires aplacaban el sudor y dejaban que los cuerpos se recuperaran del agotamiento matinal (...)

(...) Mientras Pechy movía la cera con lentitud, el sol llegó al punto más lejano de su viaje diario para verse reflejado en los techos de láminas de plata. El letargo de la bahía fue invadiendo todo Chetumal. Primero el mar dejó de mecerse y el viento de soplar, después cada árbol quedó inmóvil y los ojos de Pechy intentaron dormir (...)

(...) Las voces sonaban a humedad. Las palabras tardaban más de lo normal en llegar a los oídos porque tenían que cruzar una maraña de aire caliente y vaporoso (...)

Alberto Castillo nos regala una imagen de la ciudad que, de alguna manera, debe parte de su fisonomía al Macondo garciamarquiano, sólo

que el mítico pueblo del colombiano regulaba sus tensiones con otro elemento natural: la lluvia. Sin embargo, el Chetumal de Castillo no sólo es auténtico como creación literaria, sino tremendamente real: nada hay en él de mágico, aunque sí de alucinante.

Esta ficción de la ciudad, en la cual se recupera el papel que tiene la naturaleza sobre el comportamiento de los seres humanos, está muy lejos de tener matices naturalistas. Se trata de una interpretación poética del espacio ciudadano que da lugar no a una Chetumal mítica, sino a toda una mitología en torno a Chetumal en donde la temperatura desempeña un papel fundamental.

Este rasgo, elevado a categoría simbólica, se hiperboliza en su libro *Calor, cuentos húmedos* hasta rozar los límites de lo fantástico:

(...) Con la humedad, la máscara de puta se le vino abajo y apareció una cara triste que me espantó la erección. No sabía cómo escapar de aquel cuarto que, ahora me daba cuenta, no tenía puertas ni ventanas, el único mobiliario era la cama y esa hélice que giraba en el techo sin parar y transformaba la habitación en una licuadora en la que nuestros cuerpos se destazaban el uno al otro. Cuando ella se aburría de mi inactividad, se dejó escurrir por la cama y desapareció por una grieta del suelo. Intenté hacer lo mismo: resbalé entre el sudor por una rendija. Ya del otro lado me revisé el cuerpo: estaba hecho una verdadera ruina, lleno de raspones y tierra; y sobre todo con la certeza de que el calor me había subido más que nunca. Ya estaba cerca la noche, el aire quemaría a más no poder y yo estaba hecho una piltrafa que iba dejando un rastro de sal por donde pasaba (...)

Norma Quintana (Pinar del Río, Cuba, 1956). Estudió la licenciatura en lengua y literatura hispánicas en la Universidad de La Habana. Es autora del poemario *Éxodos* y el libro de ensayos *La muerte en la poesía de Nicolás Guillén*. Textos suyos han visto la luz en publicaciones del mundo. Vive en Chetumal, donde coordina la sala bibliográfica "Chilam Balam de Tusik" e imparte clases en la Universidad de Quintana Roo. Correo electrónico: quintanapadron@hotmail.com.